

TRADICIÓN Y RENOVACIÓN: LOS HISTORIADORES BRITÁNICOS ANTE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA*

Ángela Cenarro
Universidad de Zaragoza

El trabajo que los historiadores extranjeros han efectuado sobre España ha cobrado en los últimos años un enorme interés. Este fenómeno deriva en buena medida de que, en comparación con la situación de hace unas décadas, la historiografía española de los noventa ha alcanzado unos niveles relativamente satisfactorios de producción tanto en cantidad como en calidad. Incluso podría decirse que la llamada «revolución historiográfica» de los ochenta ha encontrado en esta década su continuación y consolidación. Y si bien es cierto que la producción de los historiadores españoles está lejos de ser homogénea y es víctima todavía de algunos vicios heredados (como la fragmentación impuesta por la dependencia económica de las instituciones locales y la consiguiente ausencia de síntesis), también lo es que una parte nada despreciable de ella ha hecho suyos algunos elementos que tradicionalmente habían estado ausentes, como la introducción de la perspectiva comparativa —con la consiguiente incorporación de aportaciones escritas en otros idiomas—, el diálogo con las ciencias sociales y, sobre todo, la reflexión sobre el propio quehacer histórico.

Así pues, la creciente preocupación por cuestiones metodológicas y teóricas ha sido una de las tendencias que ha presidido la renovación

* Este artículo forma parte de un proyecto de investigación que tuve ocasión de desarrollar durante mi estancia en la London School of Economics and Political Science, durante 1996 y 1997. Quiero expresar mi agradecimiento al Ministerio de Educación y Cultura por la beca posdoctoral que la hizo posible, así como al Cañada Blanch Centre que me acogió durante todo ese tiempo. También a las personas que han contribuido a enriquecer mi trabajo gracias a sus comentarios, sugerencias e información. Estos son, por orden alfabético, Michael Alpert, Tom Buchanan, Sebastian Balfour, Raymond Carr, Julián Casanova, Helen Graham, Gabriel Jackson, Frances Lannon y Paul Preston.

historiográfica española de los últimos años. Ello constituye, en cierto modo, una reacción contra algunas carencias tradicionales, como la ausencia de teoría e interpretación. Los trabajos de investigación que abordan cuestiones cuya resolución requiere el manejo de referencias procedentes de la ciencia política, la sociología o la sociología histórica, han abundado, igual que los chequeos periódicos a la salud de nuestra disciplina. Las cada vez más numerosas publicaciones sobre historiografía, —monografías, compilaciones, manuales... —se han combinado con la celebración de congresos —algunos de ellos multitudinarios— que han efectuado un balance sobre el estado de la historia en sus múltiples variedades —la historia social, la historia económica, la historia de las mujeres...—¹. Como no podía ser menos, la atención también se ha dirigido a los autores extranjeros porque sus aportaciones al conocimiento de nuestra historia han sido cruciales en ese proceso de renovación. Es más, la importación de algunos de sus métodos ha constituido otra de las peculiaridades de nuestra historiografía más reciente².

¹ Algunos ejemplos de ese esfuerzo de reflexión sobre la historia son el congreso celebrado en Santiago de Compostela en 1993, (Carlos BARROS (ed.), *A Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 1995). También las Jornadas «La historia en el horizonte del año 2000: compromisos y realidades», celebrado en Zaragoza en noviembre de 1995 y cuyas actas han sido publicadas por la Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1997. Son obras de referencia indiscutible los trabajos de Santos JULIÁ, *Historia Social/Sociología Histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989, y el de Julián CASANOVA, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Crítica, Barcelona, 1991. Otros síntomas de esta preocupación creciente por la historiografía y el método histórico son los trabajos de Enrique MORADIELLOS, *El oficio de historiador*, Siglo XXI, Madrid, 1994, y *Las caras de Clío. Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Oviedo, 1992. También la traducción de algunos trabajos de Peter BURKE como *Sociología e Historia*, Alianza, Madrid, 1987 y *Formas de hacer Historia*, Alianza, Madrid, 1991.

² La importación de las modas extranjeras ha sido señalada por Julián CASANOVA en su polémico epílogo «El secano español», en *La historia social y los historiadores*, pp. 159-166. Una buena muestra del interés por la producción de los historiadores hispanistas extranjeros es la proliferación de artículos sobre esta cuestión: Ana Clara GUERRERO DE LA TORRE y Abdón MATEOS, «Algunas notas sobre el Hispanismo británico. Del Laberinto Español de Brenan al Franco de Preston», *Spagna Contemporánea*, 8 (1995), pp. 133-147; Enrique MORADIELLOS, «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo», *Revista de Extremadura*, 24 (septiembre-diciembre 1997), pp. 7-38; y el de Ángela CENARRO, «Dels viatges en calessa a l'academia. Orígens i consolidació de la historiografia angloamericana sobre l'Espanya contemporània», *El Contemporani*, 11-12 (gener-agost 1997), pp. 61-68. También es un síntoma de este interés la celebración de las jornadas tituladas «España en el espejo de Europa» en la Universidad de Extremadura (1996), cuyas actas han sido publicadas en la *Revista de Extremadura*, n.º 24 (septiembre-diciembre 1997). En las celebradas en Zaragoza en noviembre de 1995 varias intervenciones exploraron la contribución del hispanismo francés, italiano, alemán e inglés. Esta última fue realizada por

El poderoso atractivo de lo español: la guerra civil o la confirmación del estereotipo

Que el punto de partida de la historiografía hispanista británica se sitúa en la guerra civil de 1936-1939 constituye una afirmación bastante extendida que requiere alguna matización. No introducirla supondría ignorar los trabajos sobre historia de España realizados en las universidades británicas desde finales del siglo XIX por autores relativamente poco conocidos en nuestro contexto como J. Fitzmaurice-Kelly, Butler Clarke y Martin Hume. Tampoco es del todo exacto aseverar que el conflicto bélico dio paso a una explosión de trabajos sobre historia de España, porque, en realidad, lo que hizo fue destapar el interés por este país de manera definitiva, como consecuencia del fuerte impacto en la opinión pública y la clase política de los años treinta allende de nuestras fronteras que produjo el estallido de las hostilidades y la explosión de violencia de 1936.

La sociedad británica reparó en la contienda civil en tanto que constituía una exhibición de barbaridades, que se interpretaban como otro síntoma más del excesivo fanatismo y la intensa violencia propios de la cultura y la sociedad españolas. Pero gracias a la labor de periodistas y políticos, se extendió la creencia de que aquello que se dilucidaba en España era un reflejo «distorsionado» de la crisis europea del período de entreguerras. Resulta tremendamente significativa la frase publicada en el editorial de *The Times*, del 8 de septiembre de 1936: «(la guerra de España) puede considerarse como un espejo deformante en el que Europa contempla una imagen exagerada de sus propias divisiones». El conflicto fratricida se convertía, de esta manera, en una especie de «guerra europea en miniatura», porque en él se libraban batallas de dimensión europea, (es decir, entre la democracia y el fascismo o entre la civilización occidental y el comunismo, según la perspectiva ideológica del observador). Con semejantes declaraciones no debe extrañar que un país como España, que había recibido una escasa atención por su

Julián CASANOVA, «Narración, síntesis y primado de la política: El legado de la historiografía angloamericana sobre la España contemporánea», en *La historia en el horizonte del año 2000*, pp. 237-251. Asimismo, en Valencia se celebró un curso en mayo de 1998, cuyos frutos han sido publicados recientemente por Ismael SAZ (ed.), *España: La mirada del otro*, Ayer, 31 (1998). Las contribuciones sobre el caso británico fueron realizadas por Sebastian Balfour, «El hispanismo británico y la historiografía contemporánea en España», pp. 163-181 y por Enrique MORADIELLOS, «Más allá de la Leyenda Negra y del Mito Romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporaneista», pp. 183-199.

limitado peso en la política internacional hasta este momento, se convirtiese, de la noche a la mañana, en el centro de todas las miradas³.

La guerra generó una importante inquietud intelectual en la sociedad británica, ávida de averiguar las razones de que la primera experiencia democratizadora en España hubiese terminado en un sangriento conflicto armado. Ahora bien, dada la tradicional situación de marginación en la que este país había estado sumido desde hacía más de un siglo, fue necesario explicar la naturaleza del conflicto —y, sobre todo, justificar la apuesta por uno u otro bando— a través de los mitos y estereotipos gestados tiempo atrás. Uno de estos, la Leyenda Negra, había sido elaborado durante la segunda mitad del siglo XVI, en el momento más álgido de la rivalidad entre Gran Bretaña y España por el control del Atlántico. Según ésta, la intolerancia católica que encarnaba la Inquisición y la agresividad imperial del gobierno de Felipe II habían conseguido alejar a España de las corrientes de progreso europeas que llevaban a otros estados, al menos supuestamente, a disfrutar de una creciente prosperidad. La percepción de esta peculiaridad española se mantuvo hasta el siglo XIX, cuando la lucha contra los franceses en 1808 propició la creación del Mito Romántico, según el cual la península estaba poblada de aguerridos habitantes dispuestos a defender su independencia por encima de todo. En 1936 la lectura de la guerra civil se hizo a partir de esta doble lente. Mientras para la derecha los rebeldes aparecían como los defensores de la verdadera España, como el reino de la jerarquía natural frente a las fuerzas de la subversión, la visión de la izquierda insistía en que la República encarnaba al pueblo español apasionado luchando por su emancipación. Asimismo, constituía el símbolo del progreso, la tolerancia y la

³ Las razones por las cuales la guerra civil convirtió a España en el centro de la atención en Gran Bretaña en Tom BUCHANAN, «A Far Away Country of Which we know Nothing? Perceptions on Spain and its Civil War in Britain, 1931-1939», *Twentieth Century British History*, vol. 4, n. 1 (1993), pp. 1-24. También en su trabajo más reciente, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, especialmente en las páginas 1-2, 4 y 12. Enrique MORADIELLOS alude al tema en «Más allá de la Leyenda Negra y del Mito Romántico», pp. 184-185. De él he tomado la referencia de *The Times*. El mismo autor centra el análisis en la percepción de la crisis española por parte del gobierno británico y los antecedentes de su respuesta a la guerra civil en *Neutralidad benévola. El gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, Universidad, 1991, especialmente en las páginas 61-70, 177-178 y 181-182, y *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española*, Siglo XXI, Madrid, 1996, concretamente en las páginas 32-39. La expresión «guerra europea en miniatura» ha sido utilizada recientemente por Eric HOBBSAWM en *Age of Extremes, The Short Twentieth Century 1914-1991*, Abacus, London, 1995, p. 161.

educación, puestos en jaque por los militares sublevados, representantes inequívocos del más auténtico fanatismo oscurantista⁴.

Intelectuales que vivieron de cerca la crisis española de los años treinta, como el musicólogo John Brande Trend, el especialista en lengua y literatura Edgar Allison Peers o el escritor Gerald Brenan, dedicaron buena parte de sus energías a desterrar estos mitos. Desde una perspectiva liberal, Trend defendió que en España existía una tradición de liberalismo y reformismo que, de no haber topado con la oposición del ejército, la iglesia, la estructura de la propiedad de la tierra y la monarquía, hubiera conseguido abrirse camino y conducir la historia por derroteros menos trágicos. De Gerald Brenan es difícil decir algo nuevo a estas alturas. Su *Spanish Labyrinth* (1943) sentó las bases de un conocimiento empírico y riguroso de España, en un denodado esfuerzo por desbrozar las causas profundas, estructurales del conflicto armado. Casi por las mismas fechas, a lo largo de sus diversos viajes a España, E. Allison Peers hizo un importante acopio de información sobre la vida política del momento que plasmó en la sección «Spain week by week» del *Bulletin of Spanish Studies*, (*Hispanic* desde 1934) y en sus numerosos libros. No obstante, ni unos ni otros constituyeron la rampa de lanzamiento de los estudios sobre historia, pues no pasaron de ser un relato de los eventos de la República, la guerra civil y la primera posguerra efectuados desde la óptica del anglicanismo más conservador y con escasas dosis de reflexión. Tras estos trabajos, las antiguas creencias, fundadas más en los intereses cambiantes de las relaciones internacionales que en una sólida base científica, resultaron mucho más difíciles de mantener. Pero con toda su importancia, el carácter puntual y aislado de estas contribuciones

⁴ Sobre el peso de los tópicos y las imágenes preconcebidas a la hora de hacer un análisis de la guerra civil española en el extranjero véase Enric UCÉLAY DA CAL, «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6 (1990), pp. 23-43. También se pueden consultar el artículo de Tom BUCHANAN ya citado. «A Far Away Country...» y el de José ÁLVAREZ JUNCO, «España: El peso del estereotipo», *Claves de la Razón Práctica*, 48 (1994), pp. 2-10. Sobre la creación de la Leyenda Negra y del Mito Romántico es muy interesante la síntesis de Enrique MORADIELLOS en «El espejo distante...», especialmente pp. 13-17. El impacto que tuvo la explosión de violencia en el extranjero fue tal que Hugh THOMAS afirmaba unas décadas después que tanto el golpe militar como la respuesta del gobierno «provocaron un desenfreno que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años» (*La guerra civil española*, Grijalbo, 1983, p. 307). Para K.W. WATKINS, el relato de las atrocidades llegó a convertirse en una especie de «una pantalla de humo» que escondía la verdadera situación española, en *Britain divided. The Effect of The Spanish Civil War on British Political Opinion*, Connecticut, 1976 (1.ª ed. 1963). p. 51.

hizo que la visión de España no saliese radicalmente transformada. Tales resultados sólo podrían obtenerse después de recorrer un largo y tortuoso camino⁵.

Esta misión fue asumida por los historiadores hispanistas contemporáneos, si bien, dada la notable disparidad metodológica e interpretativa existente entre ellos, no es apropiado considerarlos como un grupo compacto, homogéneo y firmemente comprometido en la tarea de alcanzar dicha meta. En realidad, como vamos a ver a lo largo de las páginas que siguen, la historiografía hispanista británica ha emergido a partir de la confluencia de varias tradiciones intelectuales, que han ido estrechamente conectadas entre sí y son, por consiguiente, difíciles de analizar de manera aislada. Todas ellas siguen vigentes todavía hoy, y aunque han ido apareciendo de manera cronológicamente sucesiva, al final se han solapado o coexistido. Estas son, en primer lugar, la tradición de viajeros británicos, que si bien sus orígenes se remontan al siglo XVII, puede rastrearse hasta tiempos muy recientes; en segundo lugar, la de estudios sobre lengua, literatura y folklore, conformadora del contexto en el que aparecieron algunos de los primeros trabajos de carácter histórico (y en la que no entraremos en este artículo); y, por último, las tradiciones propiamente académicas, entre las cuales hay que distinguir la que se identifica con la disciplina de antropología social, y la que coincide con la historiografía *whig* británica.

La relevancia de los viajeros británicos se debe a que construyeron una imagen de España definida por su exotismo y atraso, que se mantuvo en Gran Bretaña hasta la guerra civil⁶. De la larga lista de curiosos

⁵ Las principales obras de John BRANDE TREND son *The Origins of Modern Spain*, London, Cambridge University Press, 1934 y *The Civilization of Spain*, Oxford University Press, London, 1952 (1.ª ed. 1944). El libro que dio fama a Gerald BRENAN fue precisamente su *Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1943. Los trabajos de historia de Edgar ALLISON PEERS son *The Spanish Tragedy, 1930-1936: Dictatorship, Republic, Chaos*, Methuen, London, 1936; *Catalonia Infelix*, Methuen, London, 1937; *The Spanish Dilemma*, Methuen, London, 1940; y *Spain in Eclipse, 1937-1943. A Sequel to The Spanish Tragedy*, Methuen, London, 1943, realizados a partir de observaciones de la realidad española desde 1929.

⁶ Que la imagen de España en Gran Bretaña a la altura de los años treinta era la misma que cien años antes lo afirma Tom BUCHANAN en *Britain and the Spanish Civil War*, p. 12. La aportación de los viajeros románticos al hispanismo ha sido destacada también por John Elliot, en la entrevista publicada en *Donaire*, 7 (diciembre 1996), pp. 74-81. Un estudio sobre algunos viajeros ingleses en José ALBERICH, *Del Támesis al Guadalquivir. Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1976. El número de publicaciones sobre España ascendió a 476 en los primeros cincuenta años del siglo pasado, según indica el mismo José ALBERICH en *Bibliografía An-*

que visitaron nuestras tierras, George Borrow (1803-1881) y su *The Bible in Spain*, y Richard Ford (1796-1856) con su colección de manuales han trascendido de manera especial. Junto a las descripciones pintorescas y al afán por ahondar en la idiosincrasia española, caracterizada, en palabras de Ford, por «lo romántico, lo poético, lo sentimental, lo artístico, lo antiguo, lo clásico», sus trabajos ponen de relieve el estancamiento y retraso de España con respecto a Europa en ciencia, tecnología y forma de gobierno, hasta el punto de que califican a la península ibérica como un «terreno neutral entre el sombrero y el turbante»⁷. Más llamativo es que esta tradición de viajeros románticos no acabó en el siglo XIX, sino que ha continuado en el XX y, aunque actualizada a los tiempos modernos y desprovista de sus componentes más exóticos, pervive hasta hoy. De ella constituye un buen ejemplo Gerald Brenan, que llegó a España después de la primera guerra mundial para evadirse de la sensación de hastío que le producía la esclerotizada sociedad inglesa. Y en ella también pueden incluirse historiadores que han hecho o siguen haciendo importantes aportaciones, como Ronald Fraser, instalado en Mijas durante varios años, Ian Gibson y el menos conocido Gerald Howson⁸.

glo-Hispánica. 1801-1850. Ensayo bibliográfico de libros y folletos relativos a España e Hispanoamérica impresos en Inglaterra en la primera mitad del siglo diecinueve, The Dolphin Book Co. Ltd., Oxford, 1978. Ver también Alberto GONZÁLEZ TROYANO y otros, *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1987. Un buen estudio de carácter interpretativo es el trabajo de Ana Clara GUERRERO DE LA TORRE, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1990.

⁷ Richard FORD, *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*, Ed. Turner, Madrid, 1988. Las citas en las páginas 170 y 171. George BORROW, *The Bible in Spain*, J. M. Dent & Sons Ltd., London, 1961 (introducción de Walter Starkie) (1.ª edición en inglés 1843).

⁸ Los motivos de Brenan para alejarse de su tierra natal en la detallada biografía de Jonathan GATHORNE-HARDY, *Gerald Brenan. The Interior Castle. A Biography*, Sinclair-Stevenson, London, 1994. Un análisis de las vivencias que empujaron a Ronald FRASER a viajar a España en *En busca de un pasado: la mansión, Ammersfield*, Institución Alfons El Magnánim, Valencia, 1987. Gerald HOWSON, autor de *Aircraft of the Spanish Civil War*, Putnam Aeronautical Books, London, 1990 y de la más reciente, *Arms for Spain: the Untold Story of the Spanish Civil War*, John Murray, London, 1998, llegó a España en los años cincuenta y escribió un libro titulado *The flamens of Cadiz Bay*, que constituye un buen documento sobre la sociedad andaluza de la época. Quizá podría incluirse a Raymond Carr en esta categoría, pues su interés se despertó durante su viaje de luna de miel por España. Así lo indica Malcolm DEAS en «Raymond Carr: Approaches to the history of Spain» en Frances LANNON y Paul PRESTON (eds.), *Elites and Power in the Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Clarendon Press, Oxford, 1990, pp. 1-9, donde se especifica que de España no le atrajo lo exótico sino la inmensa pobreza de los años cincuenta.

Además, algunas de las obras que han marcado un hito en los estudios sobre España han salido precisamente de esta tradición de viajeros. Sin ir más lejos, ahí está el *Spanish Labyrinth*, donde Brenan demostraba por vez primera que, frente a la creencia extendida entonces de que la guerra civil había sido el episodio inicial de la segunda guerra mundial, sus causas estaban profundamente enraizadas en la sociedad española. El conflicto armado era el resultado de una serie de peculiaridades históricas y estructurales en las que la ausencia de un capitalismo consolidado aparecía junto a otras fracturas, como la fuerza del regionalismo y el localismo, la lucha de clases generada por la desigual distribución de la propiedad de la tierra y la influencia de la religión. En última instancia, era el atraso económico el que había impedido la existencia de una clase media que constituyese una sólida base social para el régimen republicano. De manera que los mitos y las leyendas se desenterraban, pero la imagen de una sociedad diferente persistía. Sin ser un trabajo de historia en el sentido más estricto del término, el libro de Brenan se convirtió en punto de referencia ineludible para todas las obras de historia y antropología posteriores que versaran sobre España. De ahí que haya sido considerado el eslabón entre esa tradición británica de relatos y reflexiones generales y el enfoque científico que otros desarrollarían más adelante⁹.

España vista desde la academia: antropología e historia

Todavía faltaban bastantes años para que la historia de España se convirtiera en una disciplina académica. Al fin y al cabo, el trabajo de Brenan no era el resultado de la investigación histórica basada en el estudio de fuentes documentales, sino el producto de la observación atenta, la reflexión y la discusión con otros intelectuales de la época. Entre la publicación del *Spanish Labyrinth* en 1943 y el *Spain 1808-1939* de Raymond Carr en 1965 pasaron más de veinte años a lo largo de los cuales la historia y la sociedad españolas sólo fueron objeto de atención de forma ocasional. Las razones, como en todo, son variadas. Algunos historiadores han señalado la pésima situación de los archivos en

⁹ Carmelo Lisón-Tolosana también ha constatado su función de «eslabón» con respecto a los estudios antropológicos, en la presentación de *Al sur de Granada, Siglo XXI*, Madrid, 1993, pp. XI-XV (1.ª edición en inglés en Hamish Hamilton, Londres, 1957; 1.ª edición en español 1974).

España como uno de los factores disuasorios. Que los problemas específicamente españoles se percibieran como algo ajeno a los europeos contribuyó también sin duda a que el interés manifestado en esta etapa fuera escaso. Otros, con una perspectiva más amplia, han reconocido que España sólo se consideró merecedora de atención una vez superada la larga posguerra europea, es decir, cuando se agotaron los debates en torno a la II guerra mundial y la historia como disciplina académica entró en una fase de expansión¹⁰. Con independencia de lo acertado o no de estas afirmaciones, sin duda resultan más convincentes que las insinuaciones de que la historiografía hispanista emergió a finales de los años cincuenta como un fenómeno completamente fortuito¹¹.

Pero sería injusto condenar al olvido algunas aportaciones procedentes del campo de la antropología social que hicieron su aparición en este período de «sequía» historiográfica. Después del trabajo de Gerald Brenan, el de Julian Pitt-Rivers fue el primer estudio riguroso sobre España centrado en una comunidad andaluza. Antiguo tutor del rey de Irán y alumno del famoso antropólogo oxoniano Evans-Pritchard, Julian Pitt-Rivers había nacido en el seno de una familia de militares que habían prosperado en la administración del imperio colonial británico. Por lo tanto, encajaba a la perfección en el prototipo de caballero inglés dedicado a la antropología social como disciplina que había surgido en

¹⁰ John Elliot señala en *Donaire*, 7 (diciembre 1996) que las razones de ese tardío interés tenían que ver con las secuelas de la guerra civil y la mala fama de los archivos españoles, que llevó a toda una generación de jóvenes historiadores a centrar sus temas de investigación en otros países europeos. Al indicar que él pertenece a la generación de historiadores que ya no albergaba recuerdos de las pasiones provocadas por la guerra civil, da a entender que esa distancia «emocional» era condición indispensable para llevar a cabo un trabajo de investigación riguroso. Aunque de forma menos explícita, los comentarios de Henry KAMEN van en la misma línea. Tal como afirma en «Explaining Spain: Los historiadores anglosajones y la historia de España», *Aula de Cultura de El Correo Español-El Pueblo Vasco*, vol. XII (1983-84), pp. 89-107, los trabajos como el de Raymond Carr que aparecieron en los años sesenta eran «estudios [que] se concentr[an] en hacer una historia clara e imparcial. Su objetivo era la historia, y no la polémica». También defiende que «los ingleses nunca han sido partidarios de la historia polémica. Tienden a sospechar de todo aquello que se presenta sólo en dos colores: blanco y negro». C.A.M. HENNESSY tiene «la sensación de que los problemas españoles tienen poca importancia para quienes no son españoles», según consta en *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal 1868-74*, Aguilar, Madrid, 1966, p. 3. Más convincente es la opinión de Raymond Carr, para quien sólo fue posible fijarse en España como objeto de investigación una vez superada la posguerra europea. Así lo expresó en una entrevista personal realizada en Londres el 11-7-97.

¹¹ Esto es lo que señala Sebastian BALFOUR en «El hispanismo británico», p. 72.

Gran Bretaña en el período de entreguerras, a partir de la realización del trabajo de campo en los distintos territorios imperiales por sus administradores. Más tarde florecería gracias a la labor de de Evans-Pritchard cuando este imperio empezaba a descomponerse.

El trabajo de Pitt-Rivers debe situarse en el contexto de la disciplina definido por el debate que sometió a revisión el esquema funcionalista de Malinowski, así como por los primeros pasos tendentes a centrar los trabajos de antropología en Europa y en el ámbito del Mediterráneo, después de haber fijado la atención en África y en las colonias británicas durante muchos años. *The People of the Sierra* (1954) fue el primero de los realizados en España (y por tanto uno de los primeros en Europa) y contó entre sus virtudes la incorporación de la perspectiva histórica a los instrumentos propios de la ciencia antropológica. Al fin y al cabo, fomentar la convergencia entre ambas disciplinas era uno de los empeños de su maestro. Pero su importancia rebasó su condición de pionero. Porque dicho libro no sólo supuso el primer acercamiento científico a la estructura social andaluza —entendida como un sistema de relaciones sociales—, sino que contribuyó a desprender de esta región la imagen romántica que todavía conservaba en ciertos ámbitos. Fue, además, un buen ejemplo de cómo los modelos funcionalistas, aplicados generalmente a sociedades africanas, resultaban estériles a la hora de estudiar una sociedad «compleja» como era Grazalema. Constituyó, sin duda, un paso adelante a la hora de situar España en el contexto europeo, cuestionando la famosa frase del poeta Auden de que «Europa empieza en los Pirineos»¹².

A pesar de que la antropología combatió junto a la historia social el monolitismo de la historia política tradicional, la relación entre ambas disciplinas ha sido complicado y escasamente fructífero. Este fenómeno se ha reflejado perfectamente en los trabajos de los historiadores hispanistas contemporaneístas, que, en general, no han tenido muy en cuenta las importantes aportaciones de los trabajos antropológicos realizados sobre comunidades españolas. Sí que lo hizo Carr en su *Spain* a la hora de explicar el funcionamiento del sistema caciquil, así como algunos representantes de la última generación de hispanistas, interesados en

¹² Información obtenida especialmente de la introducción y el prefacio del trabajo de Julian PITT-RIVERS, *Grazalema. Un pueblo de la sierra*, Alianza, Madrid, 1994. También hay referencias en el artículo de José HARRIS, «The Arts and Social Sciences, 1939-1970» en Brian HARRISON (ed.), *The History of the University of Oxford*. vol. VIII. *The Twentieth Century*, Clarendon Press, Oxford, pp. 217-249, especialmente pp. 242 y 246. En esta última especifica que la antropología social se mantuvo como un tema marginal en Oxford.

introducir un nuevo enfoque social en sus análisis¹³. También, en la interpretación del sistema clientelar de la Restauración efectuado por Joaquín Romero Maura y José Varela Ortega puede entreverse la dicotomía centralismo frente a localismo, apuntada tanto por Brenan como por Pitt-Rivers¹⁴. Pero, en general, a pesar de que dichas investigaciones antropológicas han efectuado análisis de un determinado sistema social «desde dentro» y han arrojado nueva luz sobre aspectos cruciales como las relaciones de familia y parentesco, la relación entre el poder político, social y económico, el papel de la mujer y la importancia de la religión, la antropología social y la historia de España han seguido caminos diferentes y sus encuentros han sido sólo puntuales. El campo abierto por los estudios antropológicos no ha sido un acicate para que los historiadores hispanistas británicos hayan iniciado un diálogo con las ciencias sociales. Y ello responde, probablemente, a que la historia se ha encontrado con obstáculos casi insalvables, como las marcadas tendencias ahistóricas de la antropología social británica —superadas sólo de manera ocasional—, que en absoluto han contribuido a facilitar tan deseado intercambio¹⁵.

¹³ Por ejemplo, Raymond CARR incorpora en su *Spain, 1808-1975*, algunas aportaciones importantes de la obra de Julian Pitt-Rivers y varios libros de Julio Caro Baroja, pero Hugh Thomas tan sólo se sirve del trabajo de Julian Pitt-Rivers y de Carmelo Lisón Tolosana, *Belmonte de los Caballeros*, Oxford, 1966 para obtener información concreta. La ausencia de este tipo de referencias casi absoluta en el caso de Paul Preston, que sólo tiene en cuenta el trabajo de George A. COLLIER, *Socialists of Rural Andalusia: Unacknowledged Revolutionaries of the Second Republic*, Stanford University Press, Stanford (California), 1987 en la segunda edición de su *The coming of the Spanish Civil War. Reform, Reaction and Revolution in The Second Republic*, Routledge, London, 1994. Distinto es el caso de Adrian SHUBERT, *A Social History of Modern Spain*, Routledge, London, 1990 y Mary VINCENT, *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and Politics in Salamanca, 1930-1936*, Clarendon Press, Oxford, 1996.

¹⁴ Joaquín ROMERO MAURA, «Caciquismo as a political system», en Ernest GELLNER and John WATERBURY (ed.), *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Duckworth, London, 1977, pp. 53-62. Del mismo autor es «El caciquismo: tentativa de conceptualización» en *Revista de Occidente*, tomo 43, n.º 127, pp. 15-43. En este volumen también aparece el trabajo de José VARELA ORTEGA, «Los amigos políticos: Funcionamiento del sistema caciquista», pp. 45-74. Del primero es también «El caciquismo» en *Historia General de España y América*, Tomo XVI-2, José ANDRÉS GALLEGU (COORD.), *Revolución y Restauración (1868-1931)*, Ed. Rialp, Madrid, 1981, pp. 71-88.

¹⁵ Los artículos del Dossier de *Historia Social* n.º 3 (1989) dan testimonio de la complicada relación entre antropología e historia. La incorporación de la perspectiva histórica a los trabajos de antropología sólo ha tenido lugar en los años ochenta, según indica Sherry B. ORTNER en «Theory in Anthropology since the Sixties», *Comparative Studies in Society and History*, 26 (1984), pp. 126-166. Julián CASANOVA ha argumentado en *La historia social y los historiadores*, pp. 92-93 que las tendencias ahistóricas de la antropología británica son un factor explicativo del difícil surgimiento de la historia social en Gran Bretaña.

Ahora bien, si la ausencia de perspectiva histórica en la antropología ha dificultado su entronque con la historia, la existencia en Gran Bretaña de una tradición de historia liberal y empírica sólidamente asentada tampoco ha coadyuvado a despejar el camino. Así se explica que, cuando determinados historiadores decidieron explorar el desconocido territorio español, los trabajos sobre historia de España acabaran situados en la órbita restringida de la historia como disciplina académica. El trabajo de Raymond Carr coincidió en el tiempo con el de otros profesionales interesados por la España contemporánea, como Victor G. Kiernan, C.A.M. Hennessy y Hugh Thomas, lo que constituyó todo un síntoma de ese renovado interés por la historia española entre los universitarios británicos. Pero los méritos de Carr no se limitaron a acometer una tarea que estaba por hacer a la altura de los años sesenta, ofrecer una sólida interpretación de la historia contemporánea de España al elaborar la mejor síntesis de los siglos XIX y XX (*Spain, 1808-1939*) a partir del uso de fuentes primarias y secundarias. Su labor tuvo una proyección mucho más amplia, porque gracias a él la producción historiográfica hispanista dio el gran salto a la academia y dejó de estar situada en los márgenes de la vida universitaria. Lógicamente, los trabajos venideros quedaron inmersos en las tradiciones historiográficas británicas y reflejaron, en buena medida, algunas de sus principales características. Es más, la imagen de España que ofrecen dichos estudios estuvo enormemente condicionada por el panorama historiográfico que imperaba en Gran Bretaña. Hagamos un breve repaso a este contexto.

Con frecuencia se ha señalado que la historiografía británica ha mostrado en general una actitud reacia a iniciar una relación con las ciencias sociales¹⁶. Esta actitud se ha combinado con el mantenimiento de una fuerte tradición empírica y liberal procedente de la historiografía *whig*

¹⁶ Así lo ha detectado muy recientemente L.J. BUTLER en «History: Theory and Practice», en L.J. BUTLER and Anthony GORST (ed.), *Modern British History. A Guide to Study and Research*, pp. 14-32. El autor llega a afirmar que «probably the majority of British historians could be described as being "traditional" in their outlook. Among this majority, many remain broadly sceptical about the value of theory to historical research» (p. 15). También George G. IGGERS ha señalado en *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, University Press of New England, Hannover, 1997, p. 17 que los británicos se sienten incómodos con el término «historical science», utilizado en el continente. Más temprano es el diagnóstico que hizo Gareth STEDMAN JONES en «History: the Poverty of Empiricism» en Robin BLACKBURN (ed.), *Ideology in Social Science. Readings in Critical Social Theory*, Fontana/Collins, Bungay (Suffolk), 1972, pp. 97-117. A similares conclusiones ha llegado Peter BURKE, aunque ha centrado su análisis en el tardío y no muy caluroso recibimiento de la escuela de *Annales* en Gran Bretaña, tal como explica en «Reflections on the Historical Revolution in France:

que se consolidó en el siglo XIX, cuando surgieron las diversas historias nacionales legitimando los procesos de formación de los diversos Estados-nación. Resulta paradójico, no obstante, que en un contexto tan conservador desde el punto de vista metodológico hayan aparecido algunas de las iniciativas más audaces para dismantelar el predominio de la historia política tradicional, como la escuela de los historiadores marxistas británicos —que, junto a la escuela francesa de *Annales*, fue la pionera en librar dicho combate—, el grupo de la *History Workshop* y el de Cambridge en torno a Peter Laslett sobre historia demográfica. A pesar de ello, es difícil calibrar hasta qué punto el grueso de la historiografía británica se ha visto sustancialmente alterado por estas significativas aportaciones, o bien en qué medida siguen siendo islotes aislados en un panorama dominado por los métodos más tradicionales de hacer historia¹⁷.

La historia liberal anglicana sufrió un proceso de profesionalización algo tardío en comparación con el resto del continente. Algunos autores han vinculado la obsesión narrativa, una de sus características, con el hecho de que la historiografía llegase muy tarde al mundo académico y sintiese la necesidad de conquistar un amplio público. Otros, con la preferencia por una organización lineal del trabajo histórico, derivada de la ausencia de problemas de identidad nacional británica¹⁸.

The Annales School and British Social History», *Review*, I, 3/4, Winter/Spring 1978, 147-156. Una réplica la ofrece Eric HOBBSBAWM en «British History and the Annales: A Note» en *On History*, Weidenfeld and Nicholson, London, pp. 178-185, publicado por primera vez en *Review*, I, 3/4 (Winter/Spring 1978). Christopher PARKER también reconoce la existencia de una tradición de oposición al positivismo en Gran Bretaña, entendiéndolo por tal la doctrina que defiende la existencia de leyes ocultas de desarrollo, un alto grado de determinismo y el método inductivo en «English Historians and the Opposition to Postivism», en *History and Theory*, 22 (1983), pp. 120-145.

¹⁷ Sobre el significado de estas iniciativas ver el trabajo de Santos JULIA, *Historia Social/Sociología Histórica*, pp. 29-30. Un buen repaso de la pervivencia de las tradiciones liberales historiográficas en Christopher PARKER, *The English Historical Tradition since 1850*. John Donald Publishers Ltd., Edinburgh, 1990. Sobre la situación de los historiadores marxistas británicos ver la introducción de Harvey KAYE, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989.

¹⁸ La tardía profesionalización y la preferencia por el estilo literario han sido destacadas por Felix GILBERT en «European and American Historiography» en John HIGHAM *et al.*, *History*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs (New Jersey), 1965, pp. 335-336. Las razones de la preocupación narrativa en la introducción de J. R. HALE (ed.), *The Evolution of British Historiography. From Bacon to Namier*, Macmillan, London, 1967, pp. 35-36. James JOLL es quien ha establecido una conexión entre la estructura lineal narrativa de la historiografía británica y la visión de su propia historia como una continuidad sin rupturas, en *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past. The 1984 Annual Lecture*, German Historical Institute, London, 1985, pp. 4-6.

Algunas de sus peculiaridades eran la utilización del método empírico frente al positivista, así como la elección de las instituciones como objeto de análisis. También los hombres, sobre todo si eran importantes, merecían gran atención. Se trataba de la llamada «human agency» según la cual la historia la hacían, simple y llanamente, «los hombres haciendo cosas». Asimismo, la citada actitud confiada en su propia trayectoria histórica explicaba su preferencia por la historia constitucional británica, de la que se derivaba un interés casi absoluto por la historia nacional frente a la historia de otras naciones o la historia europea. El Estado-nación se convertía por lo tanto en el marco preferido de sus estudios¹⁹.

Todo ello era, en el fondo, una herencia del método histórico individualista, en virtud del cual cada nación o Estado obedecía a sus propias leyes y requería observación aislada. Este tipo de historia constituía la base de la formación de los futuros hombres de Estado, y ésta acabó siendo precisamente su función primordial. Pues como el objetivo no era forjar potenciales historiadores ni futuros profesores de enseñanza media, universidades como Oxford y Cambridge acabaron convertidas en «nursery for citizens and gentlemen». De ahí también la preferencia por temas exclusivamente británicos o relacionados con el imperio colonial²⁰. Y aunque desde finales del siglo XIX varios especialistas se habían hecho eco de las polémicas sobre el carácter científico de la historia, éstas nunca fueron demasiado lejos ni consiguieron una transformación en profundidad de las maneras de hacer historia. Es

¹⁹ Una buena descripción de las principales características de la historiografía *whig* en Lewis NAMIER, «History and Political Culture» en Fritz STERN (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, Macmillan, London, 1970, pp. 372-386, donde se explica con claridad en qué consiste la llamada «human agency»: «The subject matter of history is human affairs, men in action, things which have happened and how they happened; concrete events fixed in time and space, and their grounding in the thoughts and feelings of men —not things universal and generalized; events as complex and diversified as the men who wrought them (...)» (p. 372). La escuela de *Annales* supuso la quiebra de la concepción lineal del tiempo y del Estado-nación como marco de análisis en beneficio de otros espacios (regional o supranacional). En George G. IGGERS, *Historiography in the Twentieth Century*, pp. 56-57.

²⁰ La función de la historia como formadora de futuros hombres de estado en José HARRIS, «The Arts and Social Sciences, 1939-1970» en Brian HARRISON (ed.), *The History of the University of Oxford. vol. VIII. The Twentieth Century*, Clarendon Press, Oxford, 1994, pp. 217-249. La expresión entrecomillada en p. 218. La historia formaba parte integral de la educación liberal, como «training of the mind». En Peter R.H. SLEE, *Learning and a liberal education. The Study of Modern History in the Universities of Oxford, Cambridge and Manchester, 1800-1914*, Manchester University Press, Manchester, 1986.

más, el contexto político y social del primer tercio del siglo XX favoreció un desarrollo de la historia internacional y diplomática después de la primera guerra mundial, una revitalización de la tradición liberal en los años cuarenta, y, más tarde, un giro al conservadurismo, que se tradujo en una radical hostilidad a las grandes interpretaciones, modelos y métodos científicos²¹.

A la altura de los años cincuenta el panorama de la historiografía británica había adquirido una mayor complejidad. Aunque seguía dominado por la historia *whig*, había ya claros síntomas de que el modelo tradicional empezaba a resquebrajarse. Pero tales fisuras no llevaron a un desmoronamiento del modelo dominante, sino que, bien al contrario, éste supo resistir los embates de las tendencias emergentes y convivir con las nuevas formas de hacer historia. Así pues, mientras la historia económica y la aportación del núcleo marxista estaban dando sus frutos, —a pesar de que éste último incorporó muchas tradiciones del liberalismo radical para no ser marginado totalmente del mundo académico—, la historia *whig* continuó firmemente instalada en la universidad y siguió sin introducir innovaciones metodológicas. Cuestiones como la manera de obtener un mayor número de fuentes, el mantenimiento de la «imparcialidad» y la «distancia» con respecto a las mismas para conseguir «perspectiva histórica», el interés por la biografía, y el debate entre la conveniencia o no de una historia «interpretativa» frente a una historia «objetiva» fueron objeto de atención preferente en determinados ámbitos, y revelan a la perfección la naturaleza extremadamente convencional de las preocupaciones historiográficas de la época²².

²¹ En Christopher PARKER, *The English Historical Tradition*. Algunas defensas de la historia tradicional son los artículos de Lewis NAMIER, «History and Political Culture» y de G. KITSON CLARK, «A Hundred Years of the Teaching of History at Cambridge, 1873-1973», *The Historical Journal*, XVI, 3 (1973), pp. 535-553, donde expone los cambios introducidos en los planes de estudio de Cambridge. Al final hace un alegato contra la historia que se sirve del apoyo de las ciencias sociales. Peter BURKE señala que la historia que se recibía en Oxford en la década de los cincuenta era básicamente una historia política de hechos e instituciones, que la sociología se estudiaba de una forma semiclandestina y que la historia social era, citando a Trevelyan, «a history with the politics left out». En «Reflections on the Historical Revolution in France», p. 150.

²² Tales inquietudes han quedado reflejadas en las contribuciones de Allan Bullock, Robert Rhodes James y John Barnes en el libro de Donald CAMERON WATT, *Contemporary History in Europe*, George Allen & Unwin, London, 1969, pp. 11-14, 19-31 y 32-53 respectivamente. Los trabajos de Lewis Namier y G. Kitson Clark citados en la nota anterior son también una clara indicación de la pervivencia de la historia *whig* hasta la década de los setenta.

España desde la perspectiva liberal: el camino equivocado

La pervivencia de esta perspectiva *whig* o liberal en la historiografía británica no fue una cuestión baladí, pues condicionó, y mucho, el análisis que ésta efectuó sobre la trayectoria histórica de cualquier otro Estado-nación. Las razones son bastante obvias: la historia *whig* trabajaba con un modelo como referencia, el sistema constitucional liberal británico, que se consideraba el punto final o la meta a la que supuestamente debían llegar los demás estados nacionales. De esta forma, Gran Bretaña aparecía siempre como la nación «líder», encargada de atraer a otros pueblos más atrasados hacia las ventajas que ofrecía su sistema político. Esta confianza reflejaba también la existencia de un consenso en torno a la identidad nacional e histórica —cosa que otros Estados nación conseguían con dificultad o no llegaban a tener nunca— que se expresaba a la perfección mediante la utilización de la narrativa, o lo que es lo mismo, un relato unilineal que engarzaba los eventos de forma coherente, porque todos ellos contribuían a que esa meta dichosa estuviese cada vez más cerca²³.

Por consiguiente, el camino de los demás estados europeos —y no digamos ya el del resto del mundo— aparecía como «diferente» en el mejor de los casos, o «fracasado» si la trayectoria aparecía plagada de sucesos traumáticos o «errores», fueran éstos una guerra civil, una dictadura sangrienta o un Holocausto. Es así como la tan famosa «diferencia» española adquiere sentido, pero también es este el marco donde hay que situar al no menos famoso *Sonderweg* alemán o la «revolución pasiva» italiana. No obstante, la pervivencia de la historiografía *whig* británica no explica por sí sola que determinados Estados nación hayan sido contemplados desde una perspectiva de «superioridad». Es necesario señalar la existencia de otros elementos que han sido definitivos a la hora de configurar estas peculiares trayectorias. El más significativo, quizá, es que las propias historiografías nacionales han contribuido activamente a apuntalar el citado modelo analítico. Sin ir más lejos, no hay que olvidar que la invención del *Sonderweg* fue obra de historiadores conservadores alemanes seguidores de la escuela rankeana, que valoraron de manera muy positiva, hasta bien entrado el siglo xx, la existencia de una trayectoria específicamente alemana que concluía en el imperio conducido por Bismarck.

Las cosas se pusieron difíciles cuando hubo que explicar la catástrofe alemana de 1945. Los profesionales de tendencias más conservadoras,

²³ James JOLL, *National Histories and National Historians*, pp. 4-6.

como Meinecke y Ritter, lo resolvieron argumentando que Hitler era un «accidente histórico» o diluyéndolo en el fenómeno de dimensión más amplia que era el fascismo. Pero en los años sesenta surgió una nueva generación de historiadores sociales, comprometidos con la socialdemocracia, que se encargaron de darle la vuelta al argumento del *Sonderweg*: era precisamente ese camino único, caracterizado por lo que ellos llamaban «el peso de las tradiciones preindustriales», el que había conducido a la derrota y el hundimiento de Alemania. De esta manera, los representantes de la escuela de Bielefeld confirmaron la existencia de un particular camino alemán hacia la modernidad, que aparecía entonces teñido de connotaciones negativas²⁴. Eso sí, no puede negarse la enorme influencia que la ciencia social de origen anglosajón ejerció sobre estos historiadores. Era el momento en el que Barrington Moore Jr. y Ralph Dahrendorf formularon sus teorías sobre las distintas vías hacia la modernización, que tuvieron un impacto enorme en el mundo académico de la época²⁵. Según la tesis de estos autores, allí donde triunfaba una revolución burguesa de tipo clásico, es decir, cuando las fuerzas de la burguesía desplazaban a la aristocracia, era posible la instauración de un sistema parlamentario liberal-democrático. Por el contrario, allí donde la burguesía emergente era demasiado débil para imponerse, ésta acababa aliándose con la aristocracia terrateniente. Se producía entonces la llamada «vía prusiana», que cerraba las opciones

²⁴ Sobre la evolución de la historiografía alemana y la escuela de Bielefeld la bibliografía es ingente. Algunas referencias importantes son el monográfico sobre «La singularidad del fascismo alemán» en *Zona Abierta*, 53 (octubre-diciembre 1989), especialmente el artículo de Roger FLETCHER, «Del Kaiser al Tercer Reich», pp. 1-34. También es muy útil la introducción de Georg IGGERS (ed.), *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Berg, Leamington Spa, 1985, pp. 1-48. El trabajo de Richard EVANS, *In Hitler's Shadow: West German historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, London, 1989, ha puesto de relieve el intento de muchos historiadores alemanes de relativizar la magnitud del genocidio y liberar así a los alemanes del «peso» del nazismo. Del mismo autor es muy útil la introducción de *Rethinking German History. Nineteenth-Century Germany and the Origins of the Third Reich*, Unwyn Hyman, London, 1987, pp. 1-20.

²⁵ Nos referimos concretamente al libro de Barrington MOORE Jr., *The Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Boston (Mass.), 1967 y de R. DAHRENDORF, *Society and Democracy in Germany*, Londres, 1968. Sobre la influencia de la ciencia social anglosajona, ver el trabajo de Georg IGGERS en *The Social History of Politics*, concretamente en la p. 26. También hay un interesante análisis en Charles S. MAIER, *The Unmasterable Past. History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1988, pp. 104-105.

democráticas y daba como resultado un sistema liberal viciado y escasamente representativo, que conducía finalmente a una salida de tipo fascista.

Similar perspectiva se encuentra en la revisión del marxismo que efectuó Antonio Gramsci, cuya aportación fundamental consistió en detectar las peculiaridades del Estado resultante proceso de unificación italiano. Estas se derivaban de la existencia de una alianza histórica entre la burguesía industrial del norte y la aristocracia terrateniente del sur, que se convertía en la base del Estado italiano y constituía, además, el principal elemento de continuidad a lo largo del período que va desde la Unificación en 1870 a la conquista del poder fascista en 1922. Es decir, que el fascismo no aparecía como una desviación pasajera de las tendencias del desarrollo político de Italia, sino como una continuación de la estructura económica y política ya presente en el Estado desde su nacimiento. La expresión «revolución pasiva» daba nombre a la naturaleza defectuosa de ese Estado liberal. Este, además, terminaba abriendo la puerta al fascismo cuando esa alianza de las clases dirigentes necesitaba restablecer su «hegemonía» sobre la sociedad, en la coyuntura de elevada movilización social que era el período de crisis posterior a la I Guerra Mundial²⁶.

La conjunción de diversos factores ha llevado al caso español a ser objeto de una percepción y de una serie de análisis por parte de los primeros hispanistas británicos semejantes a los descritos hasta aquí. De entrada, conviene dejar sentado que todas las «miradas» que se hacían desde fuera implicaban, explícita o implícitamente, una comparación, ejercicio que se realizaba siempre con respecto a un modelo. De manera que resultaba muy sencillo retomar y actualizar los mitos y estereotipos, sobre todo si la coyuntura lo propiciaba, como por ejemplo en el momento la guerra hispano-americana de 1898 o durante la guerra civil²⁷. De hecho, ni siquiera los mejores esfuerzos por buscar las causas profundas del conflicto armado de 1936-1939 —como, por ejemplo, la

²⁶ Véase John A. DAVIS, «Introduction: Antonio Gramsci and Italy's Passive Revolution», en John A. DAVIS (ed.), *Gramsci and Italy's Passive Revolution*, London, 1979, 11-30.

²⁷ El «peso del estereotipo» y la «comparación con respecto a un modelo» a la hora de acercarse a España no es un fenómeno exclusivo de Gran Bretaña. Así lo han puesto de manifiesto los artículos compilados en Ismael SAZ (ed.), *España: La mirada del otro. Ayer*, n.º 31 (1998), especialmente el de Irene CASTELLS OLIVÁN, «El hispanismo francés desde la historiografía española: ¿Francia, revolución; España, reacción?», pp. 43-57 y el de Rafael SÁNCHEZ MANTERO, «La mirada americana. La evolución de un estereotipo», sobre todo en las pp. 231-235.

obra de Gerald Brenan— consiguieron desprenderse de ese lastre. Debido, quizá, a la enorme influencia que tuvieron tanto la lectura de Díaz del Moral, como los intercambios intelectuales con Franz Borkenau, quien afirmaba que España había demostrado «ser básicamente diferente a Europa y no sólo no tener deseos, sino también ser incapaz de copiar ejemplos europeos», Brenan continuaría insistiendo en el atraso de la península y en la «indomable vitalidad de la raza española»²⁸. Asunto llamativo si se tiene en cuenta que ya la monumental obra de Lord Acton, la *Cambridge Modern History*, que comenzó a publicarse en 1902 con una dimensión claramente eurocéntrica, incluía diversos capítulos sobre España. Y esto ponía de manifiesto la relevancia que se le concedía, dado que uno de los principios rectores de la obra era no abordar la historia de aquellas naciones «when they lend nothing to the forward progress or the upward growth»²⁹.

Este último dato revela hasta qué punto los historiadores hispanistas británicos son herederos de visiones y planteamientos construidas al margen del mundo académico. Es más, podría decirse que en la relación dichos profesionales de la historia tienen con España subyace una cierta ambigüedad. Ya vimos que todavía se detecta hoy la persistencia de una tradición de «viajeros románticos», que encarnan aquellos estudiosos instalados temporal o permanentemente en España al sentirse atraídos por aquello que la hace diferente. Algunos historiadores, sin embargo, iniciaron sus trabajos sobre España motivados por una inquietud de tipo intelectual. Más específicamente, porque consideraban el territorio español como el escenario adecuado para llevar a cabo un «case study», es decir, para plantear cuestiones más amplias a partir de un caso concreto. Así, el interés de Paul Preston por la guerra civil se despertó gracias a su pasión por la crisis europea de los años treinta. A

²⁸ La cita de Franz BORKENAU en *El reñidero español. Relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977, p. 230. La de BREAN en *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1977, p. 18.

²⁹ Es más, en la presentación de la obra se especificaba que desde el siglo XVI (momento en el que comienza la narración), la cultura y los métodos políticos europeos habían calado en los siguientes países: Francia, Holanda, Alemania, Bohemia, España, Italia e Inglaterra. Otros como Escocia, Irlanda, Escandinavia o Polonia, estaban al margen de las principales corrientes europeas, y no habían entrado siquiera en ese círculo Rusia y el sudeste europeo. *The Cambridge Modern History. The Latest Age*, vol. XII, 1910, p. 1. La concepción de la historia expresada por Lord Acton ha sido analizada por Josef L. ALTHOZ en «Lord Acton and the Plan of the Cambridge Modern History», *The Historical Journal*, 39, 3 (1996), pp. 723-736. La cita es de la p. 729.

Sebastian Balfour le inquietaba conocer las razones de la desmovilización obrera general tras las luchas de los años 70, de manera que consideró muy útil averiguar los factores de que la clase obrera española acabase convertida en el «pariente pobre» del régimen democrático que emergió de la transición³⁰. A pesar de ello, no hay una solución de continuidad entre ambas tendencias: es precisamente la persistencia de algunos tópicos e «ideas preconcebidas» lo que constituye el motor de los trabajos sobre historia de España, pero estos autores dedican sus esfuerzos a superar esa visión restringida³¹.

De ahí que algunos temas hayan atraído la atención de estos historiadores de manera especial. Uno de ellos es el anarquismo³², cuyo contrapunto en el otro extremo del espectro ideológico lo constituye el carlismo³³. Ambos son movimientos de carácter radical cuyo importante

³⁰ Entrevistas con Paul Preston, junio de 1996 y Sebastian Balfour, 19-11-97, ambas en Londres.

³¹ Así lo indica, por ejemplo, la declaración del historiador norteamericano Stanley G. Payne: «España es otro país europeo, urbano, incluso aburrido. Cuando hace poco me llamaron para que le explicara un poco como es España al nuevo embajador norteamericano en Madrid, fui muy sincero. Le dije España ya no es diferente. Conserva algún tipismo como los toros y otras fiestas. Pero nada más. Y eso, para los que la hemos conocido y estudiado como nosotros, los historiadores, es a la vez que un motivo de alegría un cierto desencanto profesional». *Diario 16*, 18-11-86. También la declaración de Paul Preston: «Ya en los años treinta existía un gran interés: las batallas en las que se luchaba en España eran las batallas que después habría que librar en Europa. En el Reino Unido se pensaba que la guerra civil fue la primera batalla de una larga guerra contra el fascismo. Que fuera verdad o no era otra cosa. Entonces se creía. Se creó en Inglaterra en los años treinta una inmensa literatura sobre la República y la guerra. (...) Los que somos de una generación posterior nos hemos nutrido de esa literatura y ya de entrada para nosotros la guerra civil española fue una causa muy romántica, aunque después la hayamos estudiado de otra. A mi personalmente el anzuelo que me cogió fue la lectura de esos libros de muy variados escritores de los años treinta.» *Hoja del Lunes* (Vigo), 22-7-81.

³² John BRADEMÁS, *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Ariel, Barcelona, 1974; Joaquín ROMERO MAURA, *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza, Madrid, 1989 (reedición); Graham KESLEY, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón: 1930-1938*, Institución Fernando el Católico-Fundación Salvador Seguí, Zaragoza, 1994; Chris EALHAM, «Policing the Recession: Unemployment, Social protest and Law and Order in Barcelona, 1930-1936», tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1996.

³³ Martin BLINKHORN calificaba el carlismo como «una de las curiosidades de la historia europea contemporánea», pero también una variante más de la reacción conservadora puesta en marcha en Europa durante los años treinta, que ocupa un lugar «dentro del más vasto espectro de la política y de las ideas de la extrema derecha europea». Se trata, quizá, de una de las primeras declaraciones explícitas que colocan a España en el contexto euro-

arraigo social los convierte en llamativas «peculiaridades» de la historia de España. El ejército y su persistente intervención en la vida pública, o la particular relación entre el Estado y la Iglesia y el catolicismo también ofrecían un campo abierto para estos historiadores³⁴. Estrechamente conectado con la elección de estos temas está el hecho de que la guerra civil se haya convertido en el tema por excelencia de los hispanistas británicos, al que han dedicado ingentes cantidades de tinta en tanto que explosión de violencia y fracaso de la primera experiencia democratizadora en España³⁵. Y puestos a señalar fracasos, convendría recordar que éstos no habían empezado en los años treinta sino que se remontaban al siglo XIX. Desde esta perspectiva, era evidente que el liberalismo tampoco había conseguido triunfar desde el punto de vista político. De esta derrota se derivaba la existencia de un sistema clientelar, que impedía que las demandas de enormes sectores sociales pudieran

peo, a la vez que hace hincapié en que se trata de «un fenómeno (...) específicamente español». En *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*. Crítica. Barcelona, 1979, p. 9-10 (Prólogo a la edición inglesa) y 7 (Prólogo a la edición española) respectivamente.

³⁴ Sirvan como ejemplo los trabajos de Raymond CARR, *España, 1808-1936*; E. CHRISTIANSEN, *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, Madrid, Aguilar, 1974; Frances LANNON, *Privilegio, Persecución y Profecía. La Iglesia católica en España, 1875-1975*, Alianza, Madrid, 1990; Mary VINCENT, *Catholicism...* o William CALLAHAN *Church, politics and society in Spain, 1750-1874*, Cambridge Mass., 1984.

³⁵ Ya hemos aludido anteriormente al impacto y la imagen romántica de la guerra civil en Gran Bretaña. A este respecto resulta interesante constatar que la memoria de los brigadistas británicos se mantiene viva todavía hoy. Es más, aquellos que también participaron en la II Guerra Mundial siguen siendo recordados por su compromiso con la República durante el conflicto español. Bill ALEXANDER, *British Volunteers for Liberty. Spain 1936-1939*, Lawrence & Wishart, London, 1982, p. 1. Aunque hay un sector de historiadores heredero de esa percepción británica que ubica a la guerra civil en el centro de todas las tensiones de la crisis europea de entreguerras, como Paul Preston, esta visión no estaba tan extendida a comienzos de los años sesenta. Así, C.A.M. Hennessy reconocía que el conocimiento de los antecedentes españoles de la guerra civil es tan imperfecto porque «it is difficult not to impose European categories on this peculiarly un-European phenomenon». En la reseña de Hugh THOMAS, *The Spanish Civil War*, Eyre and Spottiswoode, 1961 aparecida en *History*, 47 (1962), pp. 91-92. Sobre la guerra civil, la bibliografía es ingente y aborda todos y cada uno de sus aspectos. Menciono sólo las que se han convertido en obras de referencia, como las de Hugh THOMAS, *La guerra civil española, 1936-1939*, (1.ª ed. en inglés 1961), Paul PRESTON, *La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987; Raymond CARR, *La tragedia española*, Alianza, Madrid, 1986; Michael ALPERT, *El ejército republicano en la guerra civil, Siglo XXI*, Madrid, 1989 (1.ª ed. en español 1977) y Helen GRAHAM, *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

prosperar en el seno del Estado³⁶. De manera que, si bien no se expresaba de forma explícita, la idea de que la historia de España era diferente porque era fracasada o repleta de peculiaridades subyacía los trabajos de los primeros historiadores hispanistas británicos. «It is hard for a Spaniard to take a whig view of history», señalaba un historiador a comienzos de los años sesenta³⁷.

Al igual que en los casos alemán e italiano, la elaboración de un modelo acerca de la «diferencia» española durante los siglos XIX y XX no ha sido responsabilidad exclusiva de los historiadores extranjeros, porque aquellos que trabajaban dentro de España, como Jaime Vicens Vives o Manuel Tuñón de Lara, contribuyeron a apuntalar dicho esquema. Estos han seguido la interpretación elaborada por Pierre Vilar, según la cual los intentos del liberalismo por construir una sociedad burguesa y capitalista mediante un reordenamiento jurídico quedaban reducidos a «pura apariencia». De manera que, en palabras suyas, «fue éste el fracaso no sólo de unos cuantos años sino de todo un siglo. La masa de la “España negra” triunfaba sobre la minoría “ilustrada”»³⁸. Era, en última instancia, la revolución burguesa la que fracasaba. Este fue el modelo interpretativo dominante durante los años sesenta, momento en el que algunos profesionales británicos se adentraron en la España contemporánea. Y, lógicamente, constituyó el punto de partida a partir del cual elaboraron sus propias visiones de la historia española más reciente.

Ahora bien, no puede decirse que los hispanistas británicos hayan seguido este modelo religiosamente. En realidad, han adoptado actitudes

³⁶ Fundamentalmente, Raymond CARR, *España 1808-1936*; Joaquín ROMERO MAURA, «Caciquismo as a political system» y José VARELA ORTEGA *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Alianza, Madrid, 1977. La idea de fracaso está tan extendida que se aplica a aquello que no es «específicamente español». Por ejemplo, la obra de Paul HEYWOOD, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 1993. Todavía se ve con más claridad en su artículo «The Labour Movement in Spain before 1914» in Dick GEARY, *Labour and Socialist Movements in Europe before 1914*, Berg, Oxford, 1989, pp. 231-265, donde considera que antes de buscar las razones del éxito del anarquismo en España hay que analizar el fracaso del socialismo español, porque «it is which really sets apart the history of the organised labour movement in Spain from the general European pattern» (p. 264).

³⁷ La frase es de J.A. Robson en la reseña que realiza de William C. ATKINSON, *A History of Spain and Portugal*, Penguin Books, 1960, aparecida en *History*, 46 (1961), pp. 291-292.

³⁸ Pierre VILAR, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1990 (1.ª ed. en español 1963), p. 84.

diversas a la hora de enfrentarse a la espinosa cuestión del triunfo o fracaso de la revolución burguesa. Algunos consideran que, como en España la revolución burguesa se lleva a cabo «desde arriba» es fracasada, es decir, no hay burguesía ni capitalismo propiamente dichos y por lo tanto el feudalismo sobrevive. Este es, por ejemplo, el argumento del marxista Victor G. Kiernan, para quien era imposible que el liberalismo fuese una fuerza política triunfante en España. De ahí que, a propósito de Isabel II, el mismo autor afirmase que «el fracaso de sus tutores para educarla como una reina Victoria española fue parte esencial del fracaso del liberalismo en transformar, en general, a la vieja España». Y si el bienio 1854-56 había constituido un intento de europeización, su fracaso en imponer unas determinadas reformas políticas y sociales tuvo el efecto de hacer «como si el país se hubiera incorporado a Sudamérica en vez de a la Europa occidental»³⁹. Otra corriente de análisis es la que han desarrollado hispanistas de la segunda generación comprometidos con la izquierda, como Paul Preston y Ronald Fraser, cuyo trabajo se sitúa a finales de la década de los setenta y los años ochenta. Según éstos, aunque la revolución burguesa en España se haga «desde arriba» no puede calificarse de fracasada sin más. Es decir, España es predominantemente burguesa y capitalista desde el siglo XIX, a pesar de seguir la «vía prusiana» hacia el capitalismo y la democracia (aplicación fidedigna del esquema de Barrington Moore explicado más arriba). Ahora bien, la «vía prusiana» imprime una serie de «peculiaridades» a ese camino hacia la democracia, que acaba convertido en un sendero tremendamente tortuoso y plagado de dificultades⁴⁰.

³⁹ Para Victor G. KIERNAN, «la revolución *bourgeoise* en el campo solo había sido hecha desde arriba y, como resultado, los problemas agrarios, en vez de resolverse en cierto modo, se empeoraron. (...) La antigua propiedad feudal sobrevivía, no muy cambiada en esencia, y con su laberinto de viejos hábitos, obligaciones e injusticias». *La Revolución de 1854 en España*. Aguilar, Madrid, 1970 (la 1.ª ed. inglesa 1966), pp. 24. Las otras dos citas en las pp. 13 y 14 respectivamente.

⁴⁰ Paul PRESTON, *La destrucción*, p. 51-53. Este mismo autor reconoce en una entrevista publicada en la revista *Triunfo* el 27-8-77, que «del siglo diecinueve, en el que no hubo una revolución burguesa clásica, procede la alianza de las fuerzas progresistas y comerciales de la periferia con la oligarquía terrateniente. La oligarquía no tuvo necesidad de revoluciones clásicas, ya que había elegido la vía prusiana de desarrollo». Para Ronald FRASER, tal como indica en «Reconsidering the Spanish Civil War», *New Left Review*, 129 (1981), pp. 35-49, esta forma «específica» o «peculiar» de revolución explica que las clases dominantes españoles tuvieran un miedo a perder el control de los medios de coerción muy superior a otras burguesías europeas contemporáneas.

Si los autores mencionados hasta ahora establecen una relación entre el fracaso de una revolución burguesa clásica y el del liberalismo y la democracia, para un liberal como Raymond Carr es difícil ver la conexión entre la estructura económica y social y la esfera de la política. Como no aborda de forma explícita el tema de la revolución burguesa, descubrir cuál es su postura con respecto a la política y la sociedad españolas de los siglos XIX y XX se convierte en una tarea compleja. De entrada reconoce que la española no es una sociedad burguesa capitalista de acuerdo con los parámetros occidentales. Lo que hay en su lugar es una sociedad que él califica de «liberal», cuyo núcleo social fundamental lo constituye la alianza entre la burguesía y la antigua aristocracia. Para que esta última clase sobreviva es esencial que se desprenda de sus viejos hábitos y adquiera los de la burguesía. Es más, desde el punto de vista económico, España tampoco se califica de diferente, excepcional o atrasada sin más. En la obra de Carr España no es vista como una «desviación con respecto a un ideal platónico de perfección política», sino que se sitúa en el contexto de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo en el momento de escribirse la obra. Una de sus características fundamentales es el desarrollo económico desigual, que en el caso español se establece entre un centro estancado y una periferia dinámica. De manera que, partiendo del hecho de que la mezcla de cambio y resistencia al cambio fue una característica común de Europa bajo el impacto de la industrialización, la verdadera diferencia radicaría tan sólo en que el desarrollo económico llegó a España de manera más tardía y su incidencia fue más esporádica y aislada que en el resto de Europa occidental. Así, la «peculiaridad» fundamental española consiste en que el liberalismo, a pesar de existir y constituir una fuerza de vital importancia, fracasa a la hora de imponerse y crear así un sistema verdaderamente representativo. Quizá por esto algún crítico haya destacado que el gran valor de la obra de Carr es que presta atención a los «underdogs of history» (perdedores, desamparados o desvalidos de la historia), que también merecen ser objeto de estudio⁴¹.

⁴¹ Raymond CARR, *Spain, 1808-1975*, Clarendon Press, Oxford, 1982 (2.ª ed.). Todas las referencias que se indican en el párrafo han sido extraídas de la citada edición del libro y corresponden a las páginas 196, 204-205 y 430 respectivamente. La expresión entrecomillada ha sido obtenida de la reseña de *The Times Literary Supplement*, 3-9-66. La ambigüedad del trabajo de Carr a la hora de apostar por una u otra caracterización de la España contemporánea se refleja también en la disparidad de las críticas en las diversas reseñas encontradas. Así, según John Lynch (*History*, 52 (1967), 354-355), Carr no explica la historia de España en función del atraso o estancamiento económico, ni en fun-

En sntesis, en su intento por desmontar algunos de los mitos creados en torno a Espa1a acababan ofreciendo estudios científcos y rigurosos dedicados a explicar las razones de la peculiaridad espa1ola. Y todo ello desde una perspectiva estructural, heredada tanto de Gerald Brenan como de Jaime Vicens Vives. No es que Espa1a fuera diferente sin m1s, sino que a lo largo de su historia Espa1a haba ido acumulando una serie de fracasos: primero el de la revoluci3n burguesa de tipo cl1sico, luego el del liberalismo como sistema pol3tico —no como ideolog1a, que s1 exist1a desde comienzos del siglo XIX—. Todo ello se combinaba con el relativo atraso econ3mico, o, por ser m1s precisos, con el desarrollo econ3mico desigual, que era un continuo foco de tensiones. Y se agravaba con la p3rdida de sus restos coloniales 1898, que marginaba definitivamente a Espa1a en el contexto internacional, e iniciaba una crisis que, con jalones m1s o menos importantes, acababa por poner fin al sistema de la Restauraci3n⁴². Pero la crisis persist1a, es m1s, se exacerbaba durante la II Rep3blica —bien por la torpeza de los pol3ticos republicanos, bien por la terquedad de la oligarqu1a terrateniente o por los excesos demag3gicos cometidos por el ala izquierda del PSOE— lo que conduc1a al fracaso final del nuevo r3gimen y desembocaba en la cat1strofe de 1936. Adem1s, en tanto que intentaban explicar las causas de la guerra civil acababan por concluir que Espa1a haba seguido un camino diferente desde el siglo XIX. Era una especie de *Sonderweg* no explícito, ya que efectuaban un an1lisis de los siglos XIX y XX a la luz del conflicto armado de 1936, igual que los historiadores alemanes intentaban averiguar las razones de que la historia alemana hubiera llevado al poder a Hitler. La normalidad s3lo se recuperaba con la modernizaci3n econ3mica puesta en marcha por el franquismo. El desarrollo industrial iba acompa1ado de cambios sociales que permit1an que la dictadura acabase alumbrando una monarqu1a parlamentaria que garantizaba, por fin, la estabilidad democr1tica. Pero hasta este momento, Espa1a haba sido diferente en tanto que fracasada.

ci3n de la tesis de «las dos Espa1as», sino del contraste entre el centro estancado y la periferia din1mica. Este desequilibrio agravar1a las tensiones pol3ticas que llevan a la guerra civil. De 3l es la expresi3n «underdogs of history». Por el contrario, para Richard Herr (*English Historical Review*, 82 (1967), 580-585), la tesis de Carr insiste en que la revoluci3n liberal fracasa porque Espa1a era demasiado pobre y atrasada econ3micamente con respecto a los pa1ses industrializados de Europa occidental. Esto supone subrayar la existencia de un camino específcamente espa1ol y una norma de evoluci3n hist3rica a la que Espa1a no se adecua.

⁴² C.A.M. HENNESSY, *Modern Spain*, Historical Association, London, 1965.

España y la normalidad: la revisión del modelo tradicional

Ante el panorama descrito hasta aquí, la crítica al modelo dominante tenía que ir por fuerza ligada al cuestionamiento de esa supuesta «superioridad» británica. Una de las consecuencias de la pervivencia de dicho modelo era que la historia de otros estados había sido objeto de un escaso interés en el mundo académico británico, a pesar de ser bastante superior al que puede encontrarse en otros ámbitos europeos. En la universidad de Oxford, el centro que quizá mejor encarnaba la concepción de la historia en Gran Bretaña expuesta más arriba, la historia extranjera podía calificarse como «a dim oil lamp in an ever darker street»⁴³. De manera que cuando la historiografía *whig* fue atacada por diversos flancos, una de las consecuencias inevitables fue cuestionar la excesiva atención dedicada a la historia nacional y el escaso interés que se había mostrado por otras historias europeas. El debate en torno a las peculiaridades y excepcionalidades nacionales, del que la posición privilegiada de Gran Bretaña saldría bastante tocada, debe situarse en este contexto.

Y es que los avances historiográficos de las décadas de los años sesenta y setenta habían sido seguidos en los ochenta por una profunda crisis de identidad en la historiografía británica. Esta era el reflejo del proceso de decadencia iniciado con la independencia de las colonias tras el final de la segunda guerra mundial y la pérdida de una posición privilegiada en el concierto internacional. Esa estrecha identificación procedente del XIX entre Estado-nación británico y la historiografía *whig* todavía dominante se puso en entredicho y surgieron algunas voces críticas proponiendo nuevas demandas. Unas intentaban averiguar de qué manera la historia nacional británica podía volver a suscitar el pasado interés. Otras sugerían la necesidad de superar los estrechos límites que imponía la historia nacional y situarla en contexto europeo, o propiciar que la historia británica incluyese a las nuevas culturas nacionales surgidas en los otrora extensos dominios imperiales. Por último, algunas opiniones ponían encima de la mesa la necesidad de sacar el máximo partido posible a aquello que había de positivo en la quiebra del modelo tradicional de historia británica, modelo que estaba íntimamente ligado a la extendida percepción de la superioridad británica⁴⁴.

⁴³ José HARRIS, «The Arts and Social Sciences, 1939-1970», p. 235.

⁴⁴ Por ejemplo, J.G.A. POCOCK proponía tener en cuenta las historias nacionales surgidas en los territorios sometidos a su control, pero sin perder de vista el predominio de Inglaterra como entidad política y cultural. En «British History: A Plea for a New Sub-

Como consecuencia de este proceso, el esquema tradicional que analizaba la historia de Europa a partir de un modelo identificado con la trayectoria británica o francesa ha sido superado. Y esto, en buena medida, gracias también al impacto del libro escrito por David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History*. El trabajo realizado por estos germanistas neomarxistas británicos ha echado por tierra definitivamente la tesis de la existencia de un particular camino alemán hacia la modernidad, el famoso *Sonderweg*, al demostrar que una «revolución burguesa» realizada desde arriba puede dar como resultado una sociedad burguesa, como era la alemana del siglo XIX, que no difiere sustancialmente de aquellas que antes se habían tomado como modelo, la británica y la francesa. También han manejado el presupuesto de que el predominio social de burguesía no tiene que ser sinónimo de sistema político liberal⁴⁵. El efecto de este libro en el mundo académico británico ha sido enorme, pues ha echado por tierra de manera definitiva el modelo existente para la interpretación de la historia europea. Pero la tarea de cuestionar el «modelo dominante» en Gran Bretaña no se ha llevado a cabo sólo en la isla. El citado trabajo coincidió en el tiempo con otros realizados en España que tenían como objetivo fundamental revisar el tópico del «fracaso de la revolución burguesa». Los artículos de Juan Sisinio Pérez Garzón y de José Álvarez Junco revelaron que en España había ya a finales de los setenta y comienzos de los ochenta una serie de publicaciones que ponían en entredicho el tradicional modelo de «revolución

ject», *Journal of Modern History*, vol. 47, 4 (1975), pp. 601-621. James JOLL detectaba la crisis de identidad británica y reivindicaba la necesidad de conocer algo más que la historia de Gran Bretaña. A la vez, reconocía la importancia de que la historia nacional constituyera el núcleo fundamental del conocimiento histórico en *National Histories and National Historians*, pp. 22-23. John ELLIOT reclamaba la necesidad de situar la historia británica en el contexto europeo y hacer un esfuerzo comparativo, lo que permitiría reconsiderar el carácter único de la historia británica. En *National and Comparative History. An Inaugural Lecture delivered before The University of Oxford on 10 May 1991*, Clarendon Press, Oxford, 1991, pp. 23-24. Quizá quien mejor ha mostrado esa crisis de identidad ha sido David CANNADINE y su famoso artículo «The state of British history», que apareció publicado primero en *The Times Literary Supplement*, (10-10-86) y luego en *Past and Present*, 116 (1987), pp. 169-191. La réplica tendente a ver muy positiva la quiebra del modelo tradicional de historia británica fue llevada a cabo por P.R. COSS, William LAMONT y Neil EVANS en «British History: Past, Present and Future? Debate», *Past and Present*, 119 (1988), pp. 171-203.

⁴⁵ David BLACKBOURN y Geoff ELEY, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1984.

burguesa» clásica, a partir del cual todas las demás aparecían como fracasadas⁴⁶.

De este modo, puede esgrimirse que la inclusión de España en el contexto europeo, entendiéndose por ello la demostración de que su trayectoria histórica no ha diferido sustancialmente con respecto a los demás, no ha sido clara hasta bastante tarde. Básicamente, porque hasta los años ochenta no fue una cuestión candente a la que hubiera que ofrecer respuesta. Y esto es así por varias razones. Algunas de las más importantes contribuciones en el campo de la historia económica acabaron demostrando que ni la Revolución Industrial había fracasado —como había dicho Jordi Nadal— ni España mostraba unos niveles de atraso económico tan llamativos como se había esperado. Incluso la forma en que se había llevado a cabo la transición a la democracia permitía hablar del «modelo español», ejemplo a seguir —al menos en teoría— por otros estados que salían de largas dictaduras. La consolidación de un régimen democrático ha ido acompañada, además, de otros elementos muy dignos de tener en cuenta: la existencia de unos niveles de bienestar social y económico similares a los de otros estados europeos, y una normalización de las relaciones internacionales que han culminado en la entrada de España en la Unión Europea. En definitiva, en palabras de David Ringrose, «el problema ya no es explicar el fracaso, sino más bien explicar el éxito»⁴⁷.

En suma, desde finales de los años setenta la historiografía española ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a revisar el resultado de la aplicación apriorística de rígidos esquemas marxistas. Un poco más tarde, a comienzos de los años ochenta, el mundo anglosajón vivió a el hundimiento del modelo tradicional para la interpretación de la historia europea. Ello pone de manifiesto que los hispanistas británicos no han creado nuevos paradigmas para el estudio de la España sino que más bien han seguido aquellos que otros, españoles o extranjeros, han creado. Tal afirmación debe ir ligada al reconocimiento de las grandes aportaciones efectuadas por este grupo de profesionales. Pero éstas deben ubicarse en otro ámbito del conocimiento histórico: concretamente, en el rigor

⁴⁶ Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, «La Revolución Burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en Manuel TUÑÓN DE LARA y otros, *Historiografía española contemporánea*. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau, Siglo XXI, Madrid, 1980, pp. 91-138. José ÁLVAREZ JUNCO, «A vueltas con la Revolución Burguesa», *Zona Abierta*, 36-37 (julio-diciembre 1985), pp. 81-106. (Monográfico sobre Teoría e Historiografía de las revoluciones).

⁴⁷ David RINGROSE, *España 1700-1900: el mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 33.

empírico y en la aceptación, más o menos explícito, de la primacía de la política, es decir, de que los capítulos explicativos de la trayectoria contemporánea española estaban situados en la esfera de la política (quiebra del liberalismo y de la República, caciquismo...). De esta forma, las declaraciones más explícitas acerca de la «no diferencia» española, como la efectuada por Adrian Shubert en la introducción a su *Social History of Modern Spain* o por Helen Graham y Jo Labanyi, las compiladoras de *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle for Modernity*, sólo pueden entenderse en el contexto del resquebrajamiento del citado modelo tradicional. Otra cosa diferente es que muchos de estos historiadores, sobre todo aquellos de segunda y tercera generación que han trabajado desde la segunda mitad de los años setenta, hayan constatado que España no puede analizarse a menos que se ubique en el entorno europeo. Pero la autoría de un nuevo paradigma para el entendimiento de la historia española es algo que no puede atribuírseles con claridad⁴⁸.

La historia hecha por los historiadores

Quizá podamos encontrar algunas razones de esta situación si descendemos a analizar quiénes son estos historiadores hispanistas, cómo funcionan y se organizan, y qué sentido o trascendencia ha tenido su obra, tanto en España como en el extranjero. Comencemos, pues, por explorar los antecedentes intelectuales de estos historiadores, lo que en inglés se expresa con gran precisión mediante el vocablo «background». De entrada, hay que señalar que estos autores proceden de diversas tradiciones intelectuales y que no puede hablarse de la existencia de una «escuela» en el sentido que la conforman *Annales* o los historiadores marxistas británicos⁴⁹.

⁴⁸ Esto ha sido muy claro en los historiadores que trabajan el período de los años treinta. Quizá los mejores ejemplos son el de Martin BLINKHORN ya citado, el de Paul PRESTON (cuya mejor expresión de esa tendencia es el reciente trabajo «The Great Civil War. European Politics, 1914-1945», en T.C.W. BLANNING (ed.) *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*, Oxford University Press, Oxford, 1996, pp. 148-181, y el de Helen GRAHAM, en Helen GRAHAM and Paul PRESTON (ed.), *The Popular Front in Europe*, Macmillan Press, London, 1987.

⁴⁹ Estos últimos son fácilmente identificables por haber surgido en torno al Partido Comunista Británico y por haber adoptado una misma postura ante el método científico marxista, básicamente, un alejamiento de la rigidez del modelo base-superestructura en beneficio del reconocimiento de (una cierta) autonomía de esta última. Sobre este aspecto es muy recomendable la introducción de Harvey J. KAYE en *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 3-21. Sobre las rupturas y continuidades de la escuela de *Annales* ver François DOSSE, *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1988.

Esto constituye una característica del mundo académico británico: no hay una voluntad por parte de las grandes figuras de la historia de crear «escuela», aunque no puede negarse la existencia de herencias, tradiciones o influencias intelectuales que deben tenerse en cuenta. Así pues, muchos de los historiadores hispanistas reconocen no haber seguido las líneas interpretativas de un «maestro», y suelen destacar que siempre eligieron sus temas y desarrollaron sus investigaciones con una absoluta libertad, aunque esto no les impide reconocer que a lo largo de su carrera han contraído algunas deudas intelectuales⁵⁰. Además, la muestra de «autonomía» intelectual es una virtud muy apreciada en su mundo académico. Por ejemplo, la decisión de iniciar una tesis doctoral debe ir acompañada de la presentación de un proyecto de investigación que, generalmente, responde a los intereses particulares del estudiante. En el mundo latino sucede generalmente lo contrario, porque la existencia de proyectos de investigación colectivos financiados por las instituciones públicas nacionales o locales determina, en gran medida, la elección del tema de investigación por el doctorando.

Una de las paradojas relacionadas con esta cuestión es que St. Antony's College fue creado en 1954 para fomentar un enfoque más internacional en la investigación humanística y la relación de la historia con las ciencias sociales. Pero el Iberian Centre, fundado por Raymond Carr en dicho College, no fue una cantera de historiadores avanzados desde el punto de vista metodológico. Quizá la excepción más llamativa fue Joaquín Romero Maura, vinculado al grupo de Oxford en torno a Raymond Carr, pero también a Tim Mason, Raph Samuel y Gareth Stedman Jones, organizadores de un seminario de historia social en Nuffield College primero y en St. Antony's después. Es decir, que una de las personalidades más relevantes en el ámbito del hispanismo estuvo estrechamente conectado con el núcleo del que saldrían algunas de las principales aportaciones a la historia social británica⁵¹. La cuestión

⁵⁰ Así lo manifestaron Raymond Carr, Frances Lannon, Sebastian Balfour, Paul Preston y Helen Graham en sucesivas conversaciones o entrevistas. No obstante, Preston ha reconocido como maestros a Raymond Carr, Joaquín Romero Maura y Herbert Southworth. Lo mismo hizo Carr con respecto a Gerald Brenan, Lewis Namier y Vicens-Vives.

⁵¹ Sin duda la vinculación de Romero Maura con este grupo de historiadores ha dejado huella en su obra principal, *La Rosa de Fuego*, uno de los escasos ejercicios de historia social que integra también la política aplicado a un tema español. Respecto a su conexión con dichos historiadores, véase Anne SUMMERS, «Tim Mason: a Memorial», *History Workshop*, 1967-1991, p. 213. Sobre la creación de St. Antony's y el ambiente oxoniano en los años sesenta es muy interesante el trabajo de José HARRIS, «The Arts and Social Sciences, 1939-1970» especialmente en las pp. 226 y 236-238.

relevante, por consiguiente, no es si estos historiadores constituyen una escuela o no, sino que los trabajos de investigaci3n sólo florecen cuando alguien eleva la historia de España al rango de disciplina digna de estar en el mundo acad3mico. Y en este sentido sí ha sido clave el trabajo de historiadores como Raymond Carr, fundador del Iberian Centre en St. Antony's, o Paul Preston, impulsor del centro Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, ubicado primero en Queen Mary College y actualmente en la London School of Economics, ambos pertenecientes a la Universidad de Londres. Estos centros no han ejercido una funci3n de «magisterio» sino que más bien han potenciado, fomentado y centralizado las investigaciones sobre historia de España. Esto significa que, gracias al esfuerzo de estas personas la historia de España se ha incorporado a las revistas y foros científicos, se han implantado asignaturas en los distintos niveles de los «syllabus» (plan de estudios) universitarios, se han dirigido tesis doctorales y se han creado seminarios y foros para el debate⁵².

Por consiguiente, es imposible situar a los diversos historiadores hispanistas en una misma línea ideológica, metodológica e interpretativa. Esto se debe a que la estructura del mundo acad3mico británico no propicia la aparici3n de «escuelas», pero también a otros factores, como la existencia de importantes aportaciones efectuadas por intelectuales o estudiosos al margen de la universidad. Brennan, de nuevo, es un ejemplo ya lejano en el tiempo, y junto a él otros más cercanos como Hugh Thomas, que procede del entorno de las relaciones diplomáticas aunque estuvo vinculado a la Universidad de Reading durante varios años, o los ya citados Fraser o Howson. Además, es difícil encuadrar a estos historiadores en una tendencia ya que no sólo proceden de tradiciones ideológicas diferentes —el liberalismo conservador de

⁵² Todo ello es síntoma de la madurez de la «historia de España» como disciplina en el mundo acad3mico británico, según ha indicado para el caso francés Antonio NIÑO. *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, CSIC-Casa de Velázquez-Société des Hispanistes Français, Madrid, 1988, pp. xi y 5-6. La existencia de un debate en torno a las responsabilidades de la guerra civil, en un momento en el que era imposible realizarlo en España, es una muestra de madurez historiográfica, pero también de la funci3n de vanguardia que tuvieron estos historiadores. Sobre este debate ver Martin BLINKHORN «Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the Emergence of a New Orthodoxy» en *European Studies Review*, vol. 3, n. 1 (1973), pp. 81-87. Las aportaciones de historiadores españoles vinculados a Oxford son de Joaquín ROMERO MAURA, «Unas palabras sobre el debate historiográfico acerca de la Segunda República» y José VARELA ORTEGA, «Reacci3n y revoluci3n frente a reforma», ambos en *Revista Internacional de Sociología*, n. 3-4 (1972), pp. 235-242 y 253-263 respectivamente.

Raymond Carr y Richard Robinson, la izquierda radical en el caso de Ronald Fraser (en la órbita de la *New Left Review*) y Sebastian Balfour (militante del *Socialist Workers' Party* durante su juventud), el catolicismo progresista en el caso de Frances Lannon o Mary Vincent—sino que además pueden detectarse cambios metodológicos a lo largo de su trayectoria investigadora. Por ejemplo, la evolución de Paul Preston en los últimos veinte años ilustra esta afirmación: de un análisis «marxistizoide», como él mismo declaraba a propósito de *The coming of the Spanish Civil War*, ha pasado a mostrar su interés por la biografía, una de las preferencias de la historiografía *whig*, en *Franco. A Biography* (1993)⁵³.

El carácter variado y plural de las aportaciones de los hispanistas británicos es algo que hoy llama poderosamente la atención. Tales características constituyen una de las tendencias fundamentales de los últimos años, pero no puede decirse que estuvieran presentes en la fase inicial. El grupo de los historiadores hispanistas británicos tuvo como principales señas de identidad la tradición empírica y narrativa, así como un escaso interés por la historia social, el uso de conceptos procedentes de otras ciencias sociales y la interdisciplinariedad. Ha habido, sin duda, algunas excepciones, como Joaquín Romero Maura y Ronald Fraser, que han dado saltos importantes a la historia de los movimientos sociales y a la historia «hecha desde abajo». Ahí están para demostrarlo sus respectivos trabajos, la *Rosa de Fuego* y *Blood of Spain*. No obstante, las nuevas líneas de análisis abiertas no han sido continuadas por alumnos o seguidores, y han quedado reducidas a experimentos aislados en un panorama dominado por el conservadurismo metodológico. Conservadora es también su concepción del poder, que queda reducido a la lucha de partidos o fuerzas políticas por el control del Estado.

Esta situación puede explicarse a partir de dos factores importantes. En primer lugar, que el talante de los historiadores pioneros, es decir, aquellos que llevaron de forma clara la historia de España al mundo académico, se ha combinado con el desinterés de los historiadores procedentes de otros ámbitos por una historia que no fuera la británica. Concretamente, el grupo de los historiadores marxistas que, con la excepción de Victor G. Kiernan y su trabajo sobre la revolución de 1854

⁵³ Según el propio Paul Preston «mi escuela es crítica, analítica, marxistizoide, donde lo fundamental consiste en entender la gran crisis social y estructural que ha habido desde mediados del siglo diecinueve, en tratar de buscar el por qué de las cosas», en *Triunfo*, 27-8-77.

en España, ha mostrado su preferencia por temas centrados en Gran Bretaña. Así, del mismo modo que los historiadores hispanistas más relevantes procedían de una ideología liberal o de centro izquierda y apostaban por una metodología relativamente conservadora, aquellos historiadores que por sus recursos teóricos e intelectuales ofrecían propuestas metodológicas más interesantes, han mostrado, en general, una total indiferencia hacia temas situados fuera del entorno británico. Por ejemplo, el grupo de los marxistas ha optado por ofrecer una interpretación de la historia de Gran Bretaña, en el marco de la cual han realizado estudios sobre la transición del feudalismo al capitalismo, la formación del Estado en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII, la revolución puritana, las estructuras y las luchas de clase en los orígenes de la industrialización, etc.⁵⁴.

En segundo lugar, hay que destacar que el origen del interés por la historia de España respondió a la preocupación por desmontar algunos de los mitos creados en torno a la historia española y por ofrecer una alternativa a la historiografía oficial franquista, y fue ligado, por consiguiente, a la inexistencia previa de una base empírica rigurosa. De esta manera, sin perder de vista que la precisión empírica constituye una de las principales obsesiones de la historiografía británica, el carácter «oportunista» que en general se ha señalado para estos historiadores ha tenido una doble faz: por un lado les ha permitido conquistar un terreno virgen, logro que suele acarrear numerosos beneficios, pero por otro ha frenado o retardado la realización de avances significativos desde el punto de vista metodológico⁵⁵. En definitiva, la revisión de algunas de

⁵⁴ Un repaso de los temas y corrientes de pensamiento que han confluído en la tradición de historiadores vinculados al Partido Comunista Británico, en el artículo de Raph SAMUEL. «British Marxist Historians, 1880-1980: Part One», *New Left Review*, 120 (1980), pp. 21-96. Harvey J. Kaye considera que Victor G. Kiernan no trabaja en la tradición historiográfica de la «historia desde abajo», a pesar de estar vinculado a los demás marxistas británicos, sino que más bien es el historiador del grupo que se ha concentrado en la «historia desde arriba», es decir, en el estudio de la maquinaria de la dominación de clase. La guerra civil española supuso un gran impacto en la formación política de los de su generación, y su trabajo *The Revolution of 1854 in Spanish History*. Clarendon Press, Oxford, 1966, supone, al igual que el trabajo de otros hispanistas, un esfuerzo por desentrañar los orígenes históricos del siglo XX español y su conflicto armado. En *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History*, Routledge, London, 1992.

⁵⁵ Sobre la alternativa a la historiografía oficial franquista, ver Paul PRESTON, «Guerra de palabras: los historiadores ante la guerra civil española» en *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 15-24. Una crítica al carácter oportunista de estos historiadores en la entrevista con Tuñón de Lara, a propósito del I Congreso de Historia de Andalucía (14-12-76) en *El País*, 19-12-76.

las cuestiones más polémicas, como la naturaleza del caciquismo, la razón de la intervención del Ejército en la vida pública, o las causas de la guerra civil, todas ellas conectadas con el carácter supuestamente «diferente», «excepcional» o simplemente «peculiar» dentro del contexto europeo de la historia española era prioritaria. Y la necesidad de atender a esta prioridad intelectual, junto a factores como la estructura del mundo académico británico, el perfil de aquellos interesados en la historia de España, así como la necesidad de escribir para un amplio público, y no sólo para el limitado círculo de especialistas y estudiantes, explica que la historia de España haya sido abordada por un determinado ámbito de la historiografía británica y no por otro, con las evidentes consecuencias en el plano metodológico.

En los últimos años se ha detectado una ampliación de horizontes, tanto en los períodos estudiados como en la metodología elegida. De modo que, si bien la II República y la guerra civil siguen siendo los temas estrella, se ha ampliado el campo de análisis al abordar temas como la crisis del 98, la crisis de la monarquía liberal, el republicanismo, el PSOE...⁵⁶ Las grandes síntesis que tenían como escenario el Estado-nación están dejando paso a estudios locales y regionales, como el de Angel Smith y Christopher Ealham sobre el movimiento obrero catalán o Graham Kesley sobre anarquismo en Aragón. La historia social se ha ido abriendo camino paso a paso, como ya hemos visto más arriba, y ha habido algún intento, como el de Adrian Shubert, de hacer una historia social global. También han aparecido trabajos de carácter interdisciplinar con ambiciones teóricas y conceptuales como el compilado por Helen Graham y Jo Labanyi, *Spanish Cultural Studies*, que sin duda constituye la principal vía de renovación de los trabajos sobre España en la actualidad⁵⁷. Todos estos avances deben situarse en el con

⁵⁶ Paul HEYWOOD, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Universidad de Cantabria, Santander, 1993; Sebastian BALFOUR, *El fin del Imperio español (1898-1923)*, Crítica, Barcelona, 1997; Nigel TOWNSON (ed.), *El republicanismo en España, (1830-1977)*, Alianza, Madrid, 1994; FRANCISCO ROMERO SALVADÓ, «Spain and the First World War: the Structural Crisis of the Liberal Monarchy», *European History Quarterly*, vol. 25, 1995, pp. 529-54.

⁵⁷ Angel SMITH, «The Failure of the UGT and PSOE in Catalonia, 1888-1915», *ACIS*, vol 2, n. 2 (1989), pp. 27-38; Christopher EALHAM, «Anarco-Capitalistes, Lumpenburguesía and the origins of Anarchism in Catalonia», *ACIS*, vol. 7. n. 1, pp. 50-56; Graham KESLEY, *Anarcosindicalismo y Estado*. El único trabajo de síntesis dentro del campo de la historia social, el de Adrian SCHUBERT, *A Social History of Modern Spain*, fue un encargo para la colección «A Social History of Europe» de la editorial Routledge que coordina Richard Evans.

texto de la ampliación y diversificación de la disciplina histórica, que ha tenido lugar en Gran Bretaña al igual que en otros lugares, incluida España, de manera que, a pesar de su vitalidad actual, están perdiendo esa posición de vanguardia que tuvieron los trabajos de los hispanistas en los años sesenta y setenta.

Quizá otra de las razones explicativas de ese tardío interés por las innovaciones metodológicas es que la historia de España se imparte como asignatura en los departamentos de historia de Europa o internacional, así como en los llamados «Spanish Studies» o «European Studies». Estos últimos son departamentos interdisciplinarios en el sentido de que coexisten la historia con la lingüística y la literatura —lo que constituye una de las tradiciones que confluyeron en los orígenes del hispanismo—, a la que se han incorporado más recientemente los estudios sobre cine. Y si bien no son buen caldo de cultivo para el surgimiento de la historia social, sí lo han sido para la aparición de los *cultural studies* en los últimos años⁵⁸. De hecho, lo que más se valora en el ambiente universitario británico es que el perfil de un historiador venga definido, a la hora de impartir docencia en dichos departamentos, por su especialización en un campo amplio, como la historia diplomática, internacional o económica, o en una «historia nacional». De este modo, abundan los especialistas en Alemania, Italia, Francia o Rusia, y lo predominante es que la especialización no se realice a partir del análisis de un tema o cuestión, ni tampoco de la apuesta por una determinada metodología⁵⁹.

Si la interdisciplinarietàad no ha sido una realidad hasta hace muy poco, tal como demuestra el carácter novedoso y reciente de los *cultural studies*, el intercambio entre los especialistas de diversas historias nacionales ha sido también muy escaso, según indican algunas historias generales europeas. Muy revelador es el ejemplo de Eric Hobsbawm, quien en su reciente síntesis sobre el siglo xx ha reproducido ideas sobre

⁵⁸ Harold PERKIN, «Social History in Britain» *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 129-143. En la página 131 explica qué es y no es un campo abonado para el surgimiento de la historia social.

⁵⁹ Hay que señalar también que esta situación ha empezado a cambiar gracias a la implantación creciente de otras historias no «mainstream» en la universidad británica, como la historia del género, pero en ese caso la preferencia es por personas que hayan desarrollado ese campo de investigación en Gran Bretaña. Hay razones técnicas que lo explican, como las dificultades y los costes asociados al trabajo de investigación en el extranjero. Quiero agradecer a Helen Graham sus enriquecedores comentarios sobre la estructura del mundo académico británico.

España defendidas por él mismo hace treinta años. Si en 1966 afirmaba sin rubor que «Spain is different», ante el reiterado fracaso del capitalismo, la persistencia de problemas no resueltos y el abismo existente con respecto al resto de Europa, en 1994 renovaba sus creencias insistiendo en que España estaba «persistently out of phase with the rest of the continent divided by the Pyrenées» y que era un país «notoriously anomalous», porque en lugar de existir un partido comunista de tipo soviético y otro fascista, «Spain went its own eccentric way both on the anarchist ultra-Left and on the Carlist ultra-Right». Menos llamativo es el tratamiento que hace Asa Briggs de la guerra civil española, si bien termina afirmando que desde 1939 España «siguió un rumbo solitario y distinto del del resto de Europa occidental»⁶⁰. Tales ejemplos nos hablan de las dificultades de la historiografía hispanista para irrumpir en la historia «mainstream», pero también de cómo los principales impulsos en favor de la renovación metodológica en Gran Bretaña no siempre han ido ligados a una transformación del paradigma interpretativo de la historia de Europa. Se ha llegado así a una especie de «diálogo de sordos», en el que sin duda la ausencia de una tradición de sociología histórica, que ha obstaculizado el ejercicio de la historia comparada de manera relevante, ha sido crucial.

A pesar de su impacto limitado, donde sí se ha dejado sentir el trabajo de los hispanistas con claridad ha sido en la incorporación de la historia de España a los libros de compilación de dimensión europea, así como a las revistas científicas de mayor prestigio. Si la inexistencia de un instrumento de difusión exclusivo de los historiadores hispanistas pone de manifiesto el reducido alcance de su labor en el contexto académico británico —pues aunque sigue vigente el *Bulletin of Hispanic Studies* que fundó Peers no hay una revista especializada en historia de España), no hay duda de que estos profesionales han contribuido activamente a la proyección internacional de esta disciplina, que de otro modo habría tardado mucho realizarse. Eso sí, aunque revistas como *Journal of Contemporary History*, *European History Quarterly* o *The Historical Journal* aparecen plagadas de artículos y reseñas sobre temas españoles, no sucede lo mismo con los órganos de expresión de las

⁶⁰ Eric HOBBSAWM, «The Spanish Background», *New Left Review*, 40 (1966), pp. 85-90, y *Age of Extremes*, pp. 156-159. Su única referencia sobre España es el libro de Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, e incluso reproduce el famoso poema de Auden que dio lugar al dicho de que Europa comienza en los Pirineos. ASA BRIGGS y Patricia CLAVIN, *Historia contemporánea de Europa, 1789-1989*, Crítica, Barcelona, 1997 (edición en inglés 1997), p. 292.

innovaciones historiográficas de las últimas décadas, como the *Journal of Social History* o *International Review of Social History*, o *Comparative Studies in Sociology and History*.

En definitiva, la situación actual de la historiografía británica sobre España se caracteriza por la diversidad de métodos y objetos de estudio, así como por la apertura de nuevos canales hacia la interdisciplinariedad. Como hemos visto a lo largo de este artículo, a esta situación se ha llegado sólo después de recorrer un largo camino. La labor de los historiadores hispanistas contemporaneístas ha sido subsidiaria de la renovación metodológica que ha sufrido la historiografía a nivel internacional, y también de la quiebra de modelos analíticos tradicionales que sancionaban, a la vez que actualizaban, las creencias en torno a la «diferencia» o «excepcionalidad» española. Tampoco hay que olvidar que tanto sus logros como sus carencias han estado profundamente determinados por su condición de pioneros en la disciplina. Actualmente, el contexto en el que se escribe la historia de España es radicalmente distinto al de cuarenta años atrás, gracias, sobre todo, a los notables progresos efectuados en la historiografía española desde el restablecimiento de la democracia, pero también, al avance imparable de las innovaciones en las maneras de hacer historia a nivel internacional. Ni los unos ni los otros han conseguido empañar la trascendencia de las investigaciones de los hispanistas y, pese a todos nuestros adelantos, los historiadores españoles no podemos, ni siquiera hoy, ignorar cualquiera de sus aportaciones.